

Karl Marx, poeta de las mercancías

Jorge del Palacio Martín

Francis Wheen

LA HISTORIA DE «EL CAPITAL» DE KARL MARX

Trad. de Carles Mercadal

Debate, Barcelona 158 pp. 14 €

Tal y como relata Francis Wheen en la introducción a su nuevo libro sobre Marx, en febrero de 1867, cuando el primer volumen de *El capital* estaba a punto de ser enviado a la imprenta, el célebre filósofo alemán escribió una carta a Friedrich Engels, su inseparable compañero de fatigas, animándolo a leer *La obra maestra desconocida*, de Balzac. La historia de marras narraba los avatares de un pintor que consume diez años de su vida trabajando sin cuartel en la composición de un cuadro con el que pretendía revolucionar el arte. Cuando, finalmente, el pintor permite que su obra sea vista por otros dos artistas ve cómo el lienzo que a su juicio estaba llamado a ser la más perfecta representación de la realidad no pasa de ser, para sus invitados, una caótica mezcla de formas y colores. Indignado y abatido, el pintor expulsa a los dos hombres de su estudio para, acto seguido, quemar todas sus obras y suicidarse. Andando el tiempo, la propia historia de *El capital* se encargaría de demostrar que el gusto de Marx por el relato de Balzac iba más allá de lo puramente anecdótico. Sobre todo porque él mismo se veía reflejado en la figura de aquel artista que se había arrogado la tarea de cambiar el curso de la historia con su obra. Y así quiso hacérselo saber a sus más allegados, a quienes invitaba a leer *La obra maestra desconocida*.

Al igual que el pintor creado por el novelista francés, Marx trabajó durante años en su obra guardando celosamente el fruto de sus esfuerzos. Víctima de un perfeccionismo que rayaba en lo obsesivo, ya en una fecha tan temprana como 1846 se disculpaba ante sus editores porque aún no había concluido el primer volumen de *El capital*. Según los fragmentos de cartas reproducidas por Francis Wheen, doce años después, para de-sesperación de sus colaboradores, Karl Marx seguía en la misma tónica: pidiendo más tiempo para poder terminar su obra maestra. Cada vez que el pintor de Balzac estaba a punto de terminar su cuadro, se replanteaba el sentido de su obra o se embarcaba en algún viaje exótico en busca de nueva inspiración. De forma paralela, cada vez que Marx se sentía en disposición de dar forma a los materiales en que llevaba años trabajando, éstos empezaban a plantearle nuevos dilemas que lo llevaban -dirá Wheen- a buscar «nuevos colores para su paleta». Marx no se movía de la sala de lectura del Museo Británico, pero buscaba esos nuevos colores que necesitaba para su lienzo en el estudio de las matemáticas, de la historia, la economía, o aprendiendo ruso para poder leer libros sobre el sistema agrario del país. Finalmente, cuando por fin el primer volumen de *El capital* salió a la luz veinte años después de la primera fecha fijada por los editores para su puesta de largo, el público respondió a Marx con la misma suerte de incompreensión con que fue acogido el cuadro del pintor. Karl Marx no se quitó la vida como hiciera el artista de Balzac, pero no dejó de reconocer que la falta

de reacciones ante la aparición de aquella obra a la que había consagrado tanto tiempo y esfuerzo equivalía a un rotundo fracaso. «El silencio que envuelve a mi libro me pone nervioso», reconocía Marx. Engels, consciente de que lo más importante era que el libro fuese sometido una y otra a vez a discusión, se dedicó a enviar reseñas hostiles bajo seudónimo a periódicos alemanes con objeto de suscitar alguna polémica en torno a *El capital*. Pero, a pesar de los esfuerzos de Engels por hacer visible la obra de su compañero, hicieron falta cuatro años para que se agotaran las mil copias de las que constaba la primera edición.

Sacando a la luz esta pequeña historia de coincidencias entre Marx y el protagonista de Balzac, que el propio filósofo se encargó de poner de manifiesto, Francis Wheen construye un elemento narrativo que le permite dar entrada, con cierto estilo, a su tesis principal: a saber, que *El capital* no debe ser leído como un tratado de economía al uso, sino más bien como una obra de arte cuya factura flexible e inconclusa –y, por tanto, abierta– mantiene su fuerza y su vigor toda vez que el propio capitalismo perdura en nuestra sociedad. Sin embargo, esta idea en virtud de la cual *El capital* cobra un nuevo valor si es leído en clave literaria no es nueva. El mismo Francis Wheen abundaba sobre la misma en su biografía de Marx. Allí ya incidía en que «si *El capital* se lee como una obra de imaginación, se puede obtener más valor de uso y por supuesto más ganancia: un melodrama victoriano, o una inmensa novela gótica cuyos héroes están esclavizados y consumidos por el monstruo que han creado»[1]. Pero, sobre todo, esta idea fue puesta en circulación por algunos críticos literarios de la izquierda norteamericana que, a mediados del siglo xx, se preocuparon por desvincular a Marx de las experiencias políticas totalitarias libradas en su nombre. Por citar un ejemplo clásico, Edmund Wilson tituló un capítulo de su célebre libro *Hacia la estación de Finlandia* del siguiente modo: «Karl Marx: poeta de las mercancías y dictador del proletariado». Edmund Wilson –quien llamaría a Marx el mayor satírico posterior a Swift– recoge las mismas cartas que Wheen reproduce en su libro y en las que el filósofo de Tréveris comentaba a Engels que «cualesquiera que sean los defectos que puedan tener, el mérito de mis escritos es que constituyen un conjunto artístico»[2]. En general, para estos autores en los que Wheen se inspira, el atractivo de *El capital* estriba en la manera en que Marx supo fusionar teorías muy diferentes –económicas, filosóficas, etc.– y darles la forma final de un relato moral sobre la historia del hombre. Dicho lo cual, parece que *La historia de «El capital» de Karl Marx* de Francis Wheen no aporta nada original ni en lo biográfico ni en lo teórico. Ahora bien, su mérito reside en concentrar en pocas páginas y de forma amena ambos aspectos.

[1] Francis Wheen, Karl Marx, trad. de Rafael Fontes, Madrid, Debate, 2000, p. 280.

[2] Edmund Wilson, *Hacia la estación de Finlandia*. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia, trad. de R. Tomero, F. Zalán y J. P. Gortázar, Madrid, Alianza, 1972, p. 340.